

## CAPITULO VI.

Donde se vé cómo Anton Perez se aprovecha de a  
desesperacion de Catalina.



DESDE luego comprendió Anton Perez que Catalina se dirigia á Badajoz, y en una de las mulas del tio Picos-Pardos fué en busca de la jóven esposa.

No tuvo que andar mucho para encontrarla.

Despues de haber caminado Catalina toda la noche, llevando en sus brazos á su hijo, á cosa de las cuatro de la mañana llegó á una venta que estaba en despoblado, y sentándose á su puerta permaneció allí aguardando á que amaneciese para pedir auxilio.

El frio de la noche agravó la dolencia de su hijo.

La fiebre le atacó de nuevo con más intensidad, y entónces fué cuando Catalina, comprendiendo la violenta resolucion que habia tomado, deshaciéndose en llanto:

—He asesinado á mi hijo, exclamó. Dios no me lo pida en cuenta.

Por la mañana, apénas abrió la ventera la puerta del meson, sacando fuerzas de flaqueza, y pensando solo en el estado de su hijo, le declaró á la buena mujer lo que habia hecho, y le pidió socorro, asegurándole que desde allí mandaria llamar á don Martin Cortés, padre de su marido, el cual, al saber su triste situacion, acudiria á ampararla.

La ventera se condolió de la suerte de aquella pobre madre, y le ofreció en uno de los cuartos de la venta un jergon para que descansase su hijo.

No habia pasado media hora desde que la ventera tomó esta resolucion, cuando oyó á lo léjos las pisadas de una caballería, y se asomó á la puerta para ver quién se acercaba.

Era Anton Perez.

—Buena mujer, le dijo, ¿habeis visto pasar por aquí á una jóven con un niño?

—¿Por ventura la anda buscando su merced?

—Sí por cierto.

—Pues apéese de la mula, que ya ha dado con ella.

—¡Dios sea loado! exclamó Anton Perez.

—¿Es clérigo su merced?

—Para lo que gustéis mandar.

—Apuesto cualquiera cosa á que os envía don Martin Cortés.

—No os habeis equivocado.

—Hace poco que al abrir las puertas encontré á esa dama con su hijo; y asustada de lo que habia hecho, me lo contó, pi-diéndome que la socorriera; aunque me aseguró que no traia consigo ni una blanca, la he hospedado, porque á cristianos no nos gana nadie en el pueblo á mí y á mi marido.

—Habeis hecho bien.

—No me ha dicho la causa de su viaje; pero me la figuro.

Habrà tenido alguna riña con sus suegros, y como el diablo quiere que siempre nueras y suegros, suegros y yernos, anden á la greña, ella se habrá acalorado y....

—Eso es, dijo Anton Perez; pero llevadme cuanto ántes á su presencia, porque estoy seguro de que al verme se alegrará.

La ventera llamó á su marido, el cual, tomando del ramal á la mula, la condujo á la cuadra, en tanto que la posadera guió á Anton Perez á la habitacion en donde estaba Catalina.

—Aquí la teneis, dijo al entrar.

Catalina levantó los ojos, y reconociendo á Anton Perez volvió á bajarlos.

El paje del arzobispo de Búrgos hizo una seña á la ventera para que le dejara solo con la viajera.

La ventera se fué.

Hubo una breve pausa, al cabo de la cual:

—¿Que habeis hecho, Catalina? exclamó Anton Perez.

—No me lo preguntéis.

—Ignoro los motivos que os han impulsado á tomar una resolucion tan desesperada.

He sabido vuestra desesperacion, é inmediatamente he comprendido que podia prestaros algun servicio, y he venido en vuestra busca.

Sed leal conmigo.

Confiadme vuestras penas, ya sabeis que me interesa vuestra suerte.

—He cometido una locura, lo comprendo tarde; y la llamo locura, porque he arriesgado la vida de mi hijo.

Miradle; tomad su pulso, y vereis que la fiebre le devora.

¡Ah! ¡Qué horrible es la pobreza!

—¿Os llamais pobre siendo la esposa de un hombre cuya fortuna será envidiada por los más altos personajes? dijo Anton Perez, fingiendo extrañeza.

—¿Y qué me importa su fortuna, si será tardía para mí?

—¿Qué decís?

—Mi hijo se muere.

—No desesperéis.

—¡Ah! Sí; una madre no se equivoca nunca, y yo veo en el rostro de mi hijo la sombra de la muerte. ¡Ah! ¿Qué va á ser de mí si le pierdo?

—Tranquilizaos; Dios se apiadará de vuestras lágrimas, y si en sus altos designios hubiese decretado vuestra separacion eterna, la religion os manda que os resignéis.

—Una madre no se resigna nunca cuando pierde á su hijo.

—Vamos, Catalina, repuso el paje, calmaos y hablad con sinceridad. ¿Por qué motivos habeis abandonado la casa de vuestros padres?

—Porque un criado, un grosero criado, se ha atrevido á echarme en cara que les era gravosa.

—¿Y por habladillas de un criado tomasteis una resolucion tan violenta?

—Me he quejado al padre de mi esposo, y por toda reparacion he oido la defensa del miserable que se ha atrevido á ultrajar á la esposa de Hernan Cortés, y mi condenacion.

—¿Y no habeis comprendido, prosiguió Anton Perez, procurando dar á su voz toda la dulzura de que era susceptible; no habeis comprendido que don Martin Cortés estima en mucho á su criado Meliton?

—Le he comprendido, y por eso he abandonado la casa.

—¿Y qué vais á hacer ahora?

—Cuidar á mi hijo hasta que exhale el último suspiro, y despues morir.

—¿Y vuestro esposo? ¿Y vuestro deber?

—¡Ah! ¡Callad, callad!

—La desesperacion es mala consejera. Creedme, Catalina. Dirigid vuestras miradas al cielo para que derrame en vuestro corazon el dulcísimo bálsamo de la esperanza.

Yo bien conozco que despues del paso que habeis dado es imposible retroceder.

No debeis volver á la casa de los padres de vuestro esposo; pero tampoco podeis permanecer aquí; vuestro hijo necesita auxilios.

—Imploraré la caridad.

—En ese caso, mi mision es ejercerla.

Permitidme, ya que sois tan humilde y resignada que aceptais la limosna, que yo, de mis escasos ahorros, os proporcione los medios de salir de esta apurada situacion.

—De ningun modo.

—¿Os negais á aceptar de mis manos lo que aceptarais de as de un desconocido?

—No sé lo que he dicho ántes.

Repito que prefiero la muerte.

—Pues bien, dijo Anton Perez; os hablaré con sinceridad.

Yo soy paje de un ilustre varon, de un prelado cuyas virtudes son inagotables.

No hay uno solo de sus familiares que no reciba de sus manos cuantiosas cantidades ántes de ponerse en camino.

—«Los hombres que viajan, dice su eminencia, van en busca de la desgracia, la encuentran á su paso. Cuando estos hombres están llamados á ser ministros de Dios en la tierra, cuando lo son, su deber es amparar la desgracia.»

Y como sabe que nosotros no tenemos recursos, pone á nuestra disposicion su bolsa; pero con el encargo de amparar toda clase de desventuras.

He aquí por qué razon no ya en mi nombre, sino en el de su eminencia el arzobispo de Búrgos, os ofrezco esos recursos.

Y aun haré más.

No os los daré como limosna, porque sois la esposa de un hombre que podrá pagar con creces este beneficio que hoy os puedo dispensar.

El os servirá para que podais llegar á reuniros en un dia feliz con vuestro esposo.

Entónces podiais pagar esa deuda.

—Sólo de esa manera lo aceptaria, dijo Catalina, comprendiendo que sin recursos no podria hacer nada por su hijo.

—En ese caso, resolved algo acerca de lo que creais que debeis hacer.

—¿Cómo poder pensar en mi triste situacion?

—Yo os ayudaré. Vuestro esposo sirve al rey; en Sevilla está el consejo de Indias, y por mi parte creo que si presentais allí una solicitud pidiendo recursos para vivir hasta que os los envíe vuestro esposo, os los concederán, tanto más, cuanto que el arzobispo de Búrgos, mi señor, es presidente de ese consejo.

Yo le hablaré, y en Sevilla, en una modesta casa podeis aguardar el regreso de vuestro marido, que será un verdadero triunfo para él.

Catalina no pudo contestar á aquella proposicion.

Su hijo lanzó un grito de pronto.

—¡Dios mio! exclamó la madre. ¿Qué es esto?

El niño pugnaba por sacar los brazos de la manta que le cubria.

Su mirada era vaga, indecisa.

Todo indicaba en él que era presa de un accidente, de uno de esos accidentes que atacan á los niños, destruyendo por un instante su naturaleza.

—¡Mi hijo se muere! gritó Catalina.

A sus gritos acudió la ventera, y lo primero que hizo fué poner al niño unos Santos Evangelios.

—¿Qué hacer para salvarle? dijo la infeliz madre.

Anton Perez miró al niño detenidamente, y procurando apartar á Catalina del lecho en donde yacía:

—¿Qué podeis hacer? exclamó. Elevar los ojos al cielo, pedir á Dios resignacion, pensar en vuestro esposo, y llorar á vuestro hijo, porque ha muerto.

Un grito horrible salió de los labios de Catalina.

Por más que se opuso Anton Perez para que se acercase á la cama, pudo coger una de las manos de su hijo, y al sentirla helada cayó como herida por un rayo.

Cuando volvió en sí se halló en otra habitacion, en un lecho, que era el de los venteros.

Estos se lo habian cedido mediante la promesa que habia hecho Anton Perez de pagarles con largueza los servicios que prestasen á aquella desgraciada.

—¿Y mi hijo? preguntó Catalina.

—Vuestro hijo está en el cielo. Sus restos han sido envia-

dos por mí á los padres de vuestro esposo para que le den sepultura en sagrado.

Catalina pasó más de diez dias en peligro.

Anton Perez hizo que desde una ciudad inmediata acudiera un médico, y gracias á los auxilios que prestaron unos y otros á la enferma, se levantó y pudo entrar en la convalecencia

Habló con Anton Perez, y convinieron en ponerse en camino para Sevilla.

Pero aun tuvieron que esperar algunos dias.

Catalina habia sufrido mucho, sufría, y sus penas impedían su pronto restablecimiento físico

## CAPITULO VII.

### Una indiscrecion y una intriga.



CULTABA Catalina á su protector la desesperacion que se habia apoderado de su alma, porque comprendía que le debía inmensa gratitud; pero no por eso, al verse tan abandonada de su esposo, de todo el mundo, dejaba de desear la muerte.

Anton Perez, que iba poco á poco desarrollando su plan, se esforzaba en hacer creer á Catalina que Hernan Cortés la adoraba con delirio, y que si se habia separado de ella, habia sido por no poder llevarla á la guerra; y que si habia arriesgado su vida en los combates, era por adquirir honra y provecho para hacer su felicidad.

Gracias á estas conversaciones pudo comprender que Catalina amaba con toda su alma á su esposo, y en las cartas que dirigía de tarde en tarde al arzobispo le refería todos estos detalles.

Al fin llegaron á Sevilla, y se hospedaron en una hostería cerca del sitio en donde más tarde se levantó la famosa Torre del Oro.

A los dos dias de su llegada recibió Anton Perez una carta del arzobispo, en la que le daba instrucciones, porque habian ocurrido sucesos que le obligaban á tomar una resolucion desesperada.

Pánfilo de Narvaez habia regresado de Zempoala, y habia tenido una conferencia con el arzobispo de Búrgos.

Más tarde sabremos lo que hablaron.

Por de pronto baste saber á nuestros lectores que las personas interesadas por Diego de Velazquez comprendieron que era preciso á toda costa atacar á Hernan Cortés, no con la fuerza, sino con la astucia.

Para deshacerse de él tenia un medio poderoso.

Anton Perez se encargó de proporcionarle.

Habian llegado con Pánfilo de Narvaez algunos de los soldados que no habian querido quedar á las órdenes de Hernan Cortés, y como era natural, se presentaron á los que formaban parte del consejo de Indias.

Como Anton Perez los conocia y los visitaba á menudo, tuvo á ocasion de hallar á algunos de aquellos soldados, y les habló.

Despues de repartir entre ellos unas cuantas monedas, les encargó que fuesen á la hostería en donde estaba hospedada Catalina, y les indicó la conversacion que deberion tener mientras apuraban los jarros de vino y los torreznos que él costearia.

Convenida la hora en que debian reunirse en el punto indicado, fué Anton Perez á visitar á Catalina.

—Por más que he hecho para traeros noticias de vuestro esposo, solo he podido averiguar que en una carabela que llegó anteayer á Cádiz han arribado algunos soldados de los que forman parte de sus filas; desde Cádiz se han trasladado á Sevilla; pero no he podido verlos.

Los buscaré, y me informaré de lo que pasa á vuestro esposo.

Con este motivo insistió de nuevo en asegurarla que Hernan Cortés solo vivia para ella, despertando en su alma las más halagüeñas esperanzas.

Poco despues oyeron grandes voces en el piso bajo de la hostería.

Anton Perez, simulando gran inquietud, llamó al hostelero.

—¿Quién anda abajo, que arma tal estrépito? le preguntó.

—Dispense su merced. Son unos soldados que han llegado anteayer de las Indias, y han venido á pasar el rato; pero si estorban, aunque yo pierda, les diré que se marchen.

—Nada de eso, dijo Anton Perez.

Y volviéndose á Catalina:

—La casualidad nos va á proporcionar quizás el medio de saber lo que deseamos.

Dirigiéndose al hostelero:

—Oid, maese hostelero; ¿teneis alguna habitacion próxima á la que ocupan esos soldados, en donde pueda esta señora oír lo que hablan?

—No sé si debo...

Anton Perez puso una moneda en manos del hostelero.

—Hay una habitacion contigua, dijo éste, con una puerta disimulada.

Si la señora quiere, puede permanecer en ella mientras estén ahí los soldados.

—Sí, Catalina, id, que puede ser muy bien que hablen de sus campañas, que mencionen los actos heroicos de vuestro esposo, que alegre vuestro corazon, ridiculizando á Hernan Cortés por el mucho amor que os profesa.

Catalina cayó en el lazo.

—Yo os aguardo aquí, dijo Anton Perez.

La jóven siguió al hostelero, y no tardó en oír la conversacion de los soldados.

Llegó en el momento más oportuno.

—Pues yo declaro, decia uno, que no hay un hombre más valeroso en el mundo que Hernan Cortés.

—Su última proeza, vencernos con doscientos soldados cuando éramos más de ochocientos nosotros, es lo que nunca se ha visto.

—Si no hubiera caído herido nuestro capitán Pánfilo de Narvaez, no hubiéramos desmayado tan pronto.

- Desengañaos; el valor de Hernan Cortés no tiene igual.
- Pues yo no creo tanto en su valor como en su suerte.
- Mucho pudiera decirse sobre eso.
- Vamos á ver, exclamó uno; ¿puede darse mayor fortuna que la de encontrar en los momentos en que empezaba á internarse en México un auxiliar tan poderoso, tan eficaz, tan socorrido como esa india que le tiene barajados los sesos?
- A ella lo debe todo.
- Claro; no solo le sirve de intérprete, sino que valiéndose de su hermosura, fascina á sus mismos compatriotas y proporciona el triunfo á su amante.
- Así es que Hernan Cortés la adora.
- La moza lo merece.
- ¡Cuidado que no parece india!
- ¡Qué ojos tan negros y tan expresivos!
- No me extraña que se haya olvidado Hernan Cortés de su mujer.
- Y de todas las españolas sería yo capaz de olvidarme por una india como Marina.
- Si al fin y al cabo, como creen los indios de Zempoala, hacen emperador de México á Hernan Cortés, se casará con ella, y ya no volverá á acordarse de su patria.
- Si nosotros nos hubiéramos quedado por allá, de seguro nos hubiera hecho condes ó duques.
- Catalina no quiso oír más.
- Antes de que le faltaran las fuerzas, abandonó la estancia en donde estaba, subió precipitadamente las escaleras, llegó á la habitacion en donde la aguardaba Anton Perez, y dejándose caer sobre un taburete:
- ¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamó. ¡Qué desgraciada soy!
- ¿Qué os pasa, Catalina?
- ¿Por qué me habeis amparado, por qué no me habeis dejado morir al lado de mi hijo?

- Pero ¿qué teneis? ¿Acaso esos hombres á quienes habeis oido han cometido alguna imprudencia, han hecho alguna revelacion dolorosa?
- Hernan Cortés es un infame.
- ¿Qué decís?
- Digo que ya no hay en el mundo para mí más esperanza que la muerte.
- Y cayó en un sitial, retorciéndose de desesperacion.
- Anton Perez la auxilió, fingiendo que ignoraba lo que acababa de suceder.